



HARLEQUIN™

# Jazmin™



SOPHIE  
WESTON

Algo más que  
un millonario

---

CAROLYN  
GREENE

Más de  
cien besos

---

SUSAN  
MEIER

La única  
solución

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.

Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid

© 2021 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

N.º 527 - junio 2021

© 2001 Sophie Weston

Algo más que un millonario

Título original: More Than a Millionaire

© 2002 Carolyn J. Greene

Más de cien besos

Título original: First You Kiss 100 Men...

© 2016 Linda Susan Meier

La única solución

Título original: Pregnant with a Royal Baby!

Publicadas originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Estos títulos fueron publicados originalmente en español en 2002, 2003 y 2017

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A. Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, Jazmín y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited. Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-1375-936-4

# Índice

[Créditos](#)

[Índice](#)

[Algo más que un millonario](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Más de cien besos](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)  
[Capítulo 8](#)  
[Capítulo 9](#)  
[Capítulo 10](#)  
[Epílogo](#)

[La única solución](#)

[Capítulo 1](#)  
[Capítulo 2](#)  
[Capítulo 3](#)  
[Capítulo 4](#)  
[Capítulo 5](#)  
[Capítulo 6](#)  
[Capítulo 7](#)  
[Capítulo 8](#)  
[Capítulo 9](#)  
[Capítulo 10](#)  
[Capítulo 11](#)  
[Capítulo 12](#)  
[Capítulo 13](#)  
[Capítulo 14](#)  
[Epílogo](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

---

*Jazmin*

SOPHIE WESTON

Algo más que un millonario





# Capítulo 1

Era una perfecta tarde de sábado en la villa de los Montijo. Los elegantes invitados habían disfrutado de un largo y tranquilo almuerzo. Más tarde, algunos fueron a pasear por los cuidados jardines mientras otros, adormilados, tomaban té sobre el césped. Los niños chapoteaban en la piscina. El sol brillaba. Las abejas zumbaban.

Sin embargo, la tímida visitante inglesa, sentada en la terraza, declinó la invitación de ir a tomar el sol.

-¿No te gustaría ir a pasear con los invitados, Abby? -preguntó la anfitriona.

-No, prefiero quedarme aquí y mirar, si no es molestia -respondió cortésmente la joven inglesa.

Tras un suspiro, la anfitriona se rindió y también se puso a observar.

Más abajo, en la pista de tenis, se disputaba un interesante partido. Un hombretón alto y rubio sudaba a mares mientras su contrincante, a golpes de raqueta, lo obligaba correr de un lado a otro a lo largo de la red.

El jugador moreno era como el azogue. Se movía veloz, como un jaguar, gracioso como un bailarín. Parecía que dondequiera que su adversario enviara la pelota, él la devolvía sin problemas, dominando la situación.

-¿Quién es ese? -preguntó con desagrado la matriarca de los Montijo.

El hombre rubio era su nieto favorito.

La dama se removió en su sillón de bambú y su nuera reprimió un suspiro al tiempo que hacía señas a su marido que charlaba en el césped. ¿Por qué no estaba allí cuando ella lo necesitaba? Él sabía que la situación no era fácil, especialmente si además había que esforzarse para entretener a la monosilábica chica inglesa.

-Ese es Emilio Díaz, mamá -respondió, radiante.

La matriarca se puso rígida en el asiento.

-¿Díaz?

La joven inglesa volvió la cabeza. Era apenas una adolescente; tendría que estar con los chicos de su edad, pensó Annaluisa Montijo con desesperación. Pero era demasiado alta y desgarbada como para interesarlos y extremadamente tímida para charlar con las chicas. Así que había ido a parar allí, en medio de lo que estaba a punto de convertirse en una desagradable riña familiar.

-¿Cuál de ellos es Emilio Díaz? -preguntó educadamente.

Ambas mujeres la miraron con sorpresa. El rubio, Bruno Montijo, era el hijo y heredero. La casa estaba llena de fotografías de él, manchado de lodo y magnífico sobre un potro de polo, elegante y

encantador con trajes negros que lucía en bailes, premieres y recepciones. Sus trofeos deportivos llenaban una vitrina entera en la biblioteca. Era rico, maravilloso e, inevitablemente, una celebridad nacional. Por lo tanto, era casi un insulto para la familia que la invitada inglesa no fuera capaz de reconocer a uno de los dueños de la casa y, además, tenista de calidad mundial. La matriarca resopló indignada.

-Veo que aún no te han presentado a Bruno, Abby. Es mi hijo mayor, el rubio -se apresuró a responder la nuera al tiempo que lanzaba una mirada implorante a la suegra.

-¿Entonces el otro es realmente Emilio Díaz?

La matriarca la miró furibunda.

-¿Eres una de sus admiradoras, Abby? -preguntó la nuera con fingido humor.

¿Dónde estaba Felipe? Tras captar la mirada del marido, le envió otra señal de socorro.

-Desde luego que no -la matriarca lanzó al instante-. ¿No ves que ni siquiera lo reconoce?

-No -admitió Abby, sonrojada.

«Otra vez pillada en falta», pensó la joven. Esa última semana había sido una pesadilla. Parecía que saltaba de una inconveniencia social a la siguiente, sin parar. Nunca había imaginado que la gente pudiera establecer tantas reglas de convivencia para vivir el día a día, o que ella siempre encontrara el modo de pasarlas a llevar.

Sonrojada, intentó explicar que no presumía de falsa ignorancia sobre algo que realmente no entendía.

-Solo he oído a mis hermanos hablar de él. Ellos pensaban que habría podido ser el campeón de Wimbledon este año si no se hubiera retirado del campeonato.

La matriarca dejó escapar un bufido. Abby se sonrojó más aún.

-Sé justa, mamá. Emilio Díaz es un gran tenista y un héroe nacional.

-Y entonces, ¿por qué se ha retirado para dedicarse a los negocios? Apenas tiene veinticinco o veintiséis años, ¿no es así? -comentó con desprecio.

-Dicen que es muy inteligente -protestó la nuera, débilmente.

-Será por eso que Felipe le vendió el Palacio Azul, ¿verdad? -comentó con rencor.

-A muy buen precio, mamá -intervino Felipe, que de pronto apareció entre ellas-. A diferencia de nosotros, él tiene recursos para convertirlo en un moderno complejo deportivo.

La madre lo miró a través de las gafas oscuras.

-¿Un complejo deportivo? ¿La casa que construyó tu abuelo?

-Se cae a pedazos, mamá. Nosotros no podemos permitirnos...

-¿Y ese hombre puede?

-Desde luego que sí -declaró Felipe, con entusiasmo-. No es solo un jugador de tenis, a pesar de ser un profesional. Se ha hecho millonario a través de su empresa de programas informáticos. Y actualmente tiene mucho éxito en los negocios inmobiliarios. Lo he invitado a casa.

Rosa Montijo estaba conmocionada y no se molestó en ocultarlo.

-¿Lo invitaste? ¿Y le vas a presentar a Rosanna?

Felipe se echó a reír.

-Rosanna no le interesa, mamá. Díaz tiene veinticinco años, y desde los dieciocho ha participado en campeonatos internacionales. Él sale con estrellas de cine, no con colegialas.

-En mis tiempos nunca habríamos permitido que la niña de la casa conociera a un hombre como ese.

-Felipe está negociando con él, mamá. Desde luego que teníamos que invitarlo -intervino la nuera.

-Su madre trabajaba para mi peluquera -comentó la dama, con desdén.

El matrimonio Montijo intercambió una mirada desolada. Abby presenciaba la escena en silencio. Era la primera vez que la amable pareja daba señales de una cierta comunicación. Habían sido muy hospitalarios, pero el ambiente en la casa era bastante frío. Eso la afligía. No sabía cómo tomárselo y la hacía comportarse de modo aún más torpe y falta de tacto.

Abby paseó la mirada por el prado hasta la pista de tenis. Un grupo de gente, maravillosamente bien vestida, presenciaba el juego con evidente emoción. Pero no era esa gente la razón de su ceño fruncido. Tampoco era el duelo entre los contrincantes lo que la afligía. Era la frialdad del ambiente que la rodeaba.

«Tal vez eso era lo que papá quería decir cuando comentó que eran personas sofisticadas», pensó Abby con un suspiro.

Ella sabía que no era sofisticada. Y si no lo hubiera sabido, los amigos de la hija de sus anfitriones se lo habrían dado a entender. Sus vestidos atrevidos la hacían parpadear. Y sus conversaciones maliciosas la silenciaban.

En casa estaba demasiado ocupada. Limpiaba las cuadras, quitaba las malezas del jardín o hacía las reparaciones que podía en la vieja y noble mansión Palladian, su hogar.

Su padre solía abrazarla y decir que era una buena chica, pero sabía que estaba preocupado por ella. Abby no comprendía por qué. Era perfectamente feliz. Bueno, tal vez no tanto.

Sus bulliciosos hermanos la trataban como si fuera un chico más. En el pueblo la consideraban un muchacho. Le enseñaban trabajos de carpintería y fontanería para hacer frente a los desastres que solían producirse en la casa. Y en cuanto a divertirse, tras cumplir los dieciséis años, a veces la invitaban a las cenas como acompañante de su padre viudo, pero por lo general la marginaban, ya que su presencia allí impedía que el padre conociera a otra mujer y volviera a casarse.

Abby odiaba esas cenas. Por esa razón su padre la había llevado a Argentina en su viaje de negocios.

Desde luego que había protestado. Había mucho que hacer antes de las navidades. Las tuberías podían congelarse si ella no estaba allí para regular la calefacción.

-Pero quiero que conozcas a los Montijo y que pases un tiempo con ellos. La señora Montijo es una

mujer muy sofisticada y muy amable, también. Tienes muchas cosas que aprender de ella, Tizón.

-¿Aprender de ella? -preguntó Abby, cautelosa pero a la vez desarmada al oír el apodo de su niñez.

-Vestidos y esas cosas -dijo el padre vagamente.

No había nada en la ropa de Abby que no se pudiera solucionar con dinero. Pero ella quería mucho a su padre para decírselo. Cuatro hermanos, inteligentes y aficionados a costosos pasatiempos, habían mermado los recursos económicos, casi tanto como el tejado de la casa. El padre trabajaba mucho y viajaba por el mundo. Tenía buenos ingresos. Pero la casa y la familia daban buena cuenta de ellos. Nunca quedaba mucho para Abby.

Afortunadamente, ella se sentía feliz en vaqueros, camisas y jerséis que encontraba en los catálogos de ropa para chicos. Por primera vez se daba cuenta de que su padre no estaba tan contento con su vestuario, como lo estaba ella.

-Tú quieres que sea más femenina. Con rizos y esas cosas -comentó deprimida.

El padre le sonrió con cariño al tiempo que le revolvía el suave cabello oscuro que solía llevar atado en una coleta.

-Por Dios, no...

-¿Y entonces?

-Necesitas una mujer que te enseñe a tratar con la gente, cariño.

-Vamos, papá, ya nos han hablado sobre sexo en el colegio.

-No es solo cuestión de sexo -comentó incómodo.

-Y entonces, ¿qué es?

-Supongo que algo como saber estar en sociedad.

-¿Saber estar? -preguntó, incrédula-. ¿Cómo por ejemplo bajarse de un coche sin enseñar demasiado las piernas?

Abby pensó que él iba a reírse, pero no lo hizo. Se limitó a sonreír, ausente. Era obvio que estaba preocupado.

-Oh, Tizón. Si solo fuera tan simple como eso.

Abby empezó a alarmarse.

-No entiendo.

-Ya sé que no. Y eso es parte del problema -dijo, con un suspiro-. Eres una persona tan abierta, Tizón. Eres sincera y no se te ocurre pensar que los demás no lo sean. No sirvo para esto. Si tu madre estuviera viva ella podría explicártelo mejor. Hay que aprender a conversar con la gente. Aprender a escuchar, no lo que dicen sino lo que realmente quieren decir. Eso es parte del saber estar en sociedad.

-Eso me suena parecido a aprender otro idioma -comentó, burlona.

Pero en su interior se sentía alarmada. Nunca había visto a su padre tan serio.

El padre luchaba por poner las ideas en palabras.

-Sí, eso es. Tienes que practicarlo, como si fuera un idioma. Solo que no lo haces. Eres una dulzura de niña, cuidas de mí y de tus hermanos como si fueras una persona mayor. Pero no tienes la menor idea de cómo entrar en una habitación y alternar con la gente. Eres tan tímida. No sé que hacer. Annaluisa Montijo es la mejor solución que se me ocurre. Tu madre siempre comentaba que iba a haber

demasiados hombres en tu vida. Empiezo a comprender lo que quería decir.

El padre sonrió del modo que siempre lo hacía al recordar a su difunta esposa. Como siempre que le veía esa expresión, Abby sintió que era capaz de hacer cualquier cosa por él. Incluso ir a un país donde no conocía a nadie, no hablaba el idioma y no tenía idea de lo que haría todo el día, mientras su padre estuviera en reuniones. Abby no se sentía bien con los extraños.

Y aunque hacía lo posible por ocultarlo cada vez que su padre iba a la villa, nunca se había sentido más triste en su vida.

Sabía que su anfitriona deseaba que trabara amistad con su hija. Pero, aunque Rosanna Montijo y sus elegantes amigos solo eran un año mayores que ella, Abby los veía como de otra generación. Asistía a sus fiestas y barbacoas y contaba las horas hasta que llegara el momento de convencer a alguien para que la llevara a casa. Y nunca intentó relacionarse con la gente.

El único lugar de la Hacienda Montijo donde se sentía contenta era en los establos. Allí los gauchos tenían paciencia con su torpe castellano y los caballos se alegraban de verla.

El almuerzo de ese sábado era una experiencia penosa. Lo único que la ayudaba a soportar la reunión era la certeza de que al cabo de tres días volvería a casa a celebrar la Navidad. Todo lo que tenía que hacer era evitar a Rosanna y a sus amigos. Por esa razón había alegado que le molestaba el sol, a fin de quedarse en la terraza. Y allí se encontraba,

en compañía de los mayores de la familia Montijo. Aunque no era fácil estar con esas mujeres que hablaban cortésmente en inglés para ella, pero que claramente deseaban verla en otro sitio.

Tres días más y podría olvidarse de todo aquello: de los sofisticados chicos de diecisiete años, de tenistas internacionales que no eran lo suficientemente buenos para los Montijo, de glaciales cenas familiares, en fin, de todo. Y volvería a ser la desaliñada Abby Templeton Burke. Después de todo, no se necesitaba ser sofisticada para hacer chapuzas en la casa solariega, heredad de sus antepasados.

-¿Tú no juegas al tenis, Abby? -preguntó la dueña de casa.

-No.

-Pero dijiste que a tus hermanos le gustaba.

-Sí, ellos sí que saben jugar.

-¿Y tú, no? -preguntó Felipe con amabilidad-. Bueno, tampoco importa. Estoy seguro de que sabes hacer muchas otras cosas.

A la anfitriona no le gustaba ser ignorada.

-Ese hombre está presumiendo -anunció al tiempo que indicaba la pista de tenis con su bastón de empuñadura de oro.

-Un jugador de fama mundial no necesita darse importancia -rebató Felipe, hostigado.

-Un advenedizo -puntualizó, venenosa.

-Mamá, es un gran tipo -protestó Felipe-. Un hombre que salió de la nada, que se ha hecho solo. Según me han dicho, paga la universidad a media docena de hermanos y hermanas. Y he podido

comprobar por mí mismo que tiene un gran talento para los negocios.

-¿Y puedes decirme cómo consiguió el dinero para emprender esos negocios?

-Lo sabes muy bien, mamá -intervino la nuera, indignada-. Los campeonatos de tenis que ha ganado a través de toda su carrera le han proporcionado mucho dinero. No debes permitir que Abby piense que Emilio es un delincuente -añadió con la mirada puesta en la joven.

-Seguro que mamá no piensa eso, ¿verdad? -dijo Felipe, conciliador-. Abby, aquí no te encontrarás con tipos indeseables. Verás, hace un par de meses una revista de economía publicó un artículo sobre él. La verdad es que se ha convertido en un millonario.

En ese momento, Emilio Díaz saltaba con la raqueta en alto, con el cuerpo arqueado como si fuera un delfín, y devolvía un certero golpe de Bruno. Un grito de triunfo salió de las gargantas de las decenas de espectadores. El partido había terminado. Los jugadores se estrecharon las manos sobre la red.

-Un don nadie. Intenta aparentar que es algo más que un nuevo rico. A expensas de Bruno. Podría haberle dado otra oportunidad. Después de todo es tu invitado -gruñó la matriarca ante la derrota de su nieto favorito.

El moreno jugador salió de la pista mientras los espectadores se agrupaban en torno a Bruno y le golpeaban la espalda, le estrechaban la mano, pero pendientes de Emilio. Luego le ofrecieron una bebida, hablaron con él, pero nadie se atrevió a

tocarlo. Lo trataban con respeto. Abby intuyó que, a pesar de sonreír y hablar amistosamente con todos, era capaz de alejarse de ellos cuando quisiera.

Felipe confirmó su impresión.

-Emilio trata a todo el mundo por igual. Él juega para ganar -dijo mientras lo observaba atentamente.

La reunión de la tarde dio paso a un asado, como solía ocurrir.

-¿Quieres que te deje un vestido, Abby? -preguntó Rosanna Montijo-. Más tarde habrá baile.

-¿Crees que es necesario?

-Te sentirías más cómoda. Por lo demás se supone que la gente debe ir elegante a las fiestas de los Montijo.

Abby reprimió un suspiro.

-Entonces sí, por favor.

Rosanna la llevó a su dormitorio y Abby intentó disfrutar probándose vestidos con ella y sus dos mejores amigas que intentaron incluirla en la conversación. Pero Abby no conocía a los chicos de los que hablaban. Y las tácticas de seducción que discutían la hacían enrojecer.

-¿Emilio se queda al baile, Rosanita? -preguntó una de las amigas mientras jugaba con su pelo frente al espejo del abigarrado tocador de la joven.

Rosanna asomó la cabeza por la puerta del vestidor.

-Sí. Aunque al principio se negó, pero papá lo convenció de que tenía que quedarse y conocer a la gente adecuada -explicó en castellano.

Abby tradujo las palabras mentalmente y casi se echó a reír. Sabía exactamente cómo se sentía el tenista. Tal vez él tampoco sabía relacionarse, como ella.

-Significa que él es el invitado de honor, Abby - tradujo la amiga amablemente.

Pero no había necesidad de traducir. Abby se había esforzado por aprender castellano antes del viaje. Sin embargo, desde su llegada, los Montijo y sus amigos no le habían permitido hablar su idioma. Abby no sabía si lo hacían porque eran demasiado corteses o demasiado impacientes para permitirle titubear buscando las palabras adecuadas.

Rosanna apareció con un traje largo de color borgoña. Era un color sofisticado, demasiado para una chica de dieciséis años, pensó Abby de inmediato. Pero ellas insistieron en que se lo probara.

El vestido se arremolinaba graciosamente alrededor de las piernas cuando se movía. Las chicas insistieron en que se pusiera unas sandalias de tacón alto y ya no se atrevió a moverse.

-Me voy a caer -dijo aferrada a una columna de la cama.

-No, si practicas un poco. No puedes llevar zapatos bajos con ese vestido.

Abby tampoco deseaba ponerse el vestido. Tenía un escote demasiado pronunciado. Se sentía incómoda y lo comentó en voz alta.

A punto de perder la paciencia, Rosanna le pasó un suave echarpe de fantasía.

-Sinceramente, Abby, no veo cuál es el problema. Estamos en verano y todo el mundo lleva escote - comentó al tiempo que Abby intentaba subirse un tirante que se le deslizaba por el hombro-. Por lo demás, no puedes ir a una fiesta en bermudas y camiseta. Al menos, no en Argentina. A tu padre le molestaría de verdad -dijo, con abierta impaciencia.

Las otras estuvieron de acuerdo e hicieron oídos sordos a las reservas de Abby acerca de los zapatos, los tirantes y de su espalda desnuda. Habían hecho todo lo que podían por ella y había cosas más interesantes que discutir.

-Mi padre dice que él pronto se marchará -dijo la amiga sentada frente al tocador.

-¿Y a quién le importa? Yo lo encuentro maravillosos «ahora» -replicó la otra, mientras se pintaba las uñas.

Abby sabía perfectamente de quién hablaban.

-A mi abuela le aterroriza que pueda seducirme - comentó Rosanna, en ropa interior, al tiempo que examinaba sus suaves piernas.

-Sabréis que tiene su propio club de admiradoras. Mi hermana me contó que el año pasado, en París, las chicas lo seguían por todas partes. Incluso una se metió en su habitación del hotel.

Todas suspiraron de envidia.

-Bueno, esta noche o me seduce a mí o a nadie - resolvió Rosanna de pronto.

-¿Y cómo piensas lograrlo?

-Me las arreglaré con papá -anunció en tono solemne-. ¿No quiere que Emilio conozca a la gente adecuada? Pues bien, desde que nací me he

mezclado con la gente adecuada. Me haré cargo de él y le presentaré a todo el mundo. Y luego podrá agradecermelo debidamente.

Mientras las demás celebraban el comentario entre risitas, Abby se deslizó hacia la puerta.

Nadie lo notó.

Más tarde, mientras atardecía y llegaban más invitados, Abby salió a los cuidados jardines e intentó ocultarse tras un árbol. No fue difícil. Rosanna tenía demasiados amigos que atender como para ocuparse de ella. Los jóvenes se dirigieron al prado donde se preparaba un gran asado, mientras que los mayores, vestidos con elegancia, entraban en la casa.

La galería con columnas pronto se convirtió en un juego de luces y sonido: corría el champán en relucientes copas, había reflejos de diamantes y dulces sonidos de risas sofisticadas. Abby comprendió que no podría refugiarse entre los Montijo adultos. Con un suspiro, la joven se cubrió con el echarpe intentando pasar desapercibida. De acuerdo, tenía que haber un lugar en la extensa propiedad donde ella pudiera refugiarse. Y se alejó por el prado.

Desde su lugar en la terraza, Emilio Díaz observó a la joven con especial interés, mientras pensaba que no era mucho más que una niña. Y tampoco una Montijo. No con ese vestido que le sentaba tan mal. Estaba claro que con ese atuendo no podía controlar sus largos brazos y piernas. Sus movimientos eran torpes como el primer revoloteo de una grulla recién salida del cascarón. Sin embargo, era indudable que

sabía lo que quería. Mientras avanzaba, sonreía y asentía con la cabeza a los diversos grupos de jóvenes, pero él podía observar que a nadie le permitía detener su marcha.

¿Adónde iba con tanta decisión?, especulaba vagamente.

Oh, Dios, estaba tan aburrido que inventaba historias sobre una jovencita que ni siquiera conocía. Con un esfuerzo, volvió la atención al grupo de hombres de negocios que querían conocerlo. Lo habían invitado a esa casa solo con ese propósito. Su celebridad estaba en la cúspide. Tenía que capitalizarla antes de que se esfumara. El interés de esos hombres no duraría demasiado tiempo. Tenía una familia que mantener, una familia que aumentaría tras la noticia impactante de Isabel.

Al recordarla apretó los labios. Isabel no era mucho mayor que esa adolescente parecida a una pequeña grulla. Tal vez si él hubiera pasado más tiempo en casa cuando ella era tan joven como la chica del jardín, no estaría sumida en el lío terrible en que se encontraba.

Sin embargo, no había nada que él pudiera hacer para impedirlo. Todo lo que podía hacer era utilizar su talento para ayudarlos de la mejor forma posible. «Talento y contactos», se recordó a sí mismo al tiempo que se volvía a mirar a las decenas de amigos íntimos del dueño de casa. Vestidos y trajes de diseño, diamantes, incluso en una barbacoa. Y todos conocían al dedillo la vida de los otros.

«Hay que sacarles partido», se dijo secamente. «Si no eres capaz de llevar los negocios a buen término

ahora, no tendrás otra oportunidad. Hace tres años, esta gente no te habría permitido cruzar la verja de entrada. Y no volverán a hacerlo si no aprovechas la oportunidad. ¡Escucha y aprende!»

## Capítulo 2

Abby había descubierto la pérgola en la Hacienda Montijo casi por casualidad. Un romántico novio la había mandado construir para su prometida que añoraba Europa con mucha nostalgia. Con su profusión de flores y telarañas, el diseño obedecía más a las ilustraciones de un cuento de hadas que a un jardín clásico.

Aunque la familia nunca la visitaba, los jardineros la mantenían cuidada.

Para Abby era el cielo, aunque desde luego que no se podía comparar con el perfumado jardín de rosas que cultivaba en casa. Aunque cuidado, ese jardín era natural. A veces pensaba que era lo único natural que había en la hacienda, aparte de los caballos.

Abby se reclinó en un asiento de piedra cubierto de musgo al tiempo que inhalaba el aroma de las flores al atardecer. Por fin contenta, sintió que se le relajaban los hombros siempre tensos. De inmediato, los tirantes se le deslizaron por los brazos. Pero a

ella no le importó. Con la cabeza hacia atrás, se puso a soñar.

A Emilio no le gustaba el champán. Fue la primera cosa que descubrió tras ganar su primer torneo. La segunda cosa fue que, le gustara o no, debía aceptar una copa y fingir que bebía para agradar a los patrocinadores. Y si se sentían cómodos, hasta podrían olvidar que él no era uno de ellos.

Y no era que quisiera serlo. Pero quería hacer negocios con esa gente. Y ese año era crucial para hacer funcionar su plan a diez años plazo.

Entonces, ¿a qué se debía esa inquietud que casi le impedía oír lo que decían los distinguidos amigos de Felipe Montijo? ¿Por qué deseaba saltar por la balastrada y seguir a la pequeña grulla en su huida? «Concéntrate», se dijo imperiosamente.

Bebió un sorbo de la horrible bebida de su copa y se concentró en la conversación de un invitado relativa a los precios internacionales del trigo. El hombre era demasiado educado como para pedirle un autógrafo, pero Emilio reconoció la intención en la mirada, la curiosidad que despertaba una celebridad. Bueno, por el momento él era una celebridad.

Más tarde, circuló entre los invitados, interesado en los recursos petrolíferos, la banca cibernética y las perspectivas económicas de la industria vitivinícola argentina. Entregó y recibió muchas tarjetas comerciales, al tiempo que guardaba en su portentosa memoria todos los datos recibidos.

Más tarde, la anfitriona invitó a todos a acomodarse en las mesas dispuestas en el césped. Apenas el sol se había ocultado, se encendieron las altas antorchas enclavadas en el sitio. Una orquesta situada delante de la pista de tenis comenzó a tocar música ligera. Se oían risas lejanas desde la barbacoa donde se asaban las carnes. Unos jóvenes aparecieron por el césped y se pusieron a bailar. Emilio observó que la pequeña grulla no se encontraba entre ellos.

Se preguntó dónde podría haberse metido. Sin duda no andaría a la caza de esos insensibles jóvenes, pensó Emilio olvidando que solo era un año mayor que Bruno Montijo.

Emilio había quedado a cargo de la familia mucho antes de comenzar su carrera deportiva. Nunca había tenido a nadie que solucionara sus errores, como Bruno, el niño bonito.

Alguien tendría que preocuparse de que Bruno o uno de sus compinches no le fuera a jugar una mala pasada a la pequeña grulla. Todo podía suceder fácilmente durante esas románticas noches estivales.

Emilio vaciló. En ese momento nadie le prestaba atención. En un segundo dejó de vacilar y escapó.

Encontró la cala con toda facilidad. Había un pequeño muelle junto a un círculo de árboles. En ese momento se encontraba desierto.

¿Dónde estaba ella?

No habría podido decir por qué la buscaba. Se dijo que era porque parecía insegura, vacilante; otra extraña en el magnífico medio de los Montijo. Ser un

extraño tenía sus riesgos. Quizá no conocía la cala. Quizá se había caído y necesitaba ayuda.

Pero esa no era la verdadera razón y él lo sabía. Quizá porque parecía tan fuera de lugar como él, con la diferencia de que él no lo dejaba ver. O tal vez porque Isabel también había sido una chica desconocida e insegura, y nadie la había rescatado.

Por primera vez en días, Abby se sentía absolutamente en paz. Podía oír el suave chapoteo del agua en la cala. El cielo del atardecer estaba teñido de matices en tonos limón y albaricoque y en el horizonte, unas estrellas impacientes empezaban a brillar. En ese maravilloso aire transparente, parecían tan cercanas que se las habría podido tocar con solo tender la mano. Todo el ambiente olía a rosas.

Eran rosas desconocidas para ella. Había una con pétalos de un llamativo color rosado mezclados con un tono carmesí cuya fragancia era parecida al vino caliente. Abby hundió la nariz en una de las rosas trepadoras que rodeaban el asiento de piedra. ¿A qué olía? La joven cerró los ojos.

Emilio encontró la pérgola por accidente. Al principio pensó que era un rincón que los jardineros utilizaban para guardar herramientas y sacos de tierra. Movido por un impulso, entró apartando el seto. ¡Y al fin encontró lo que no se admitía a sí mismo que buscaba! Se detuvo en seco.

Al principio ella, su pequeña grulla, no notó su presencia. Tenía la nariz hundida en una gran rosa

ajada, de pétalos casi negros. Tras olerla, alzó la cabeza. El sofisticado vestido casi se deslizaba por su cuerpo. Pero ella solo era consciente de la rosa.

-Papel -dijo-. No, pergamino. Y algo más. ¿Clavo, tal vez?

Abrió los ojos y, cuando iba a inclinarse para volver a aspirar el aroma, lo vio. Sus ojos se agrandaron, consternados.

Bueno, al menos no iba a pedirle un autógrafo, pensó Emilio con desenfado. Sin embargo esa mirada hirió su amor propio. Todavía no había pasado su buena racha, Todavía la gente lo celebraba. No estaba acostumbrado a que lo miraran como si fuera un asesino.

-Lo siento, no era mi intención molestarte -dijo y le dedicó esa sonrisa apesadumbrada que sabía que los fotógrafos adoraban.

Si funcionaba con ellos y con la gente importante, tenía que hacerlo con esa extraña criatura tan inapropiadamente vestida.

Sin embargo y para su sorpresa, no funcionó. La joven frunció el ceño. Parecía indignada.

-Me marchó -dijo, y esperó que ella lo invitara a quedarse.

Abby se puso de pie.

-Pensé que estaba sola. Lo siento -dijo en castellano, lentamente.

-¿Eres inglesa? -preguntó en inglés al reconocer el acento.

-Sí, pero intento hablar castellano. Hice un curso antes de venir aquí. El problema es que nadie me

deja -declaró irritada, al tiempo que volvía a sentarse en el banco de piedra.

Él eligió otra rosa y la alzó con el dedo índice.

-Quizá no tengas el vocabulario adecuado para que ellos te entiendan -comentó con otra sonrisa-. ¿A qué decías que olía esta? ¿A pergamino?

Ella asintió con toda seriedad.

-¿Y a qué huele el pergamino?

Divertido, la vio cerrar los ojos, totalmente concentrada.

-A lino. A polvo. A un haz de sol que traspasa altas ventanas y se refleja en el suelo de piedra. Tal vez a cera de abeja.

Él parpadeó, sorprendido.

-Vaya...

En ese instante le tocó a ella mirarlo divertida.

-Conozco los olores y conozco mis rosas.

-Ya veo -dijo, al tiempo que dejaba caer la rosa entre las otras y la miraba con curiosidad-. ¿No es un extraño pasatiempo para una persona de tu edad? A propósito, ¿cuántos años tienes?

Abby suspiró.

-Dieciséis. Pero la edad no tiene nada que ver con esto. No es un pasatiempo. Es una necesidad.

Él se sentó en el césped, a sus pies, y se rodeó las piernas con los brazos.

-Explícame.

Sorprendida, Abby bajó la vista hacia él. Nunca antes un hombre se había sentado a sus pies. Bueno, sus hermanos siempre se tumbaban por todas partes. Pero nunca nadie se había sentado así para estudiarla, con los oscuros ojos tan atentos, como si